

LOS DOMINGOS DE LA GACETA UNIVERSAL.

18 DE AGOSTO DE 1878.—NÚM. 7.

Ecós de la semana.

Los niños de la casa.—Progresos del crimen.—Bandidos de frac.—Policía de salones.—Flores y palos.—Florerías y hermanos.—Nueva guerra.—Muerte violenta.—Hornadas en Pinto.—El color de la vergüenza.

Los políticos son en un país como los niños en una casa. En cuanto se van á se duermen, dejan descansar al prójimo mayor de edad.

Los progresos del crimen son notables. Hace poco tiempo han llegado á robarse trenes muy fuertemente, despojando á los viajeros de cuanto llevaban con toda consideración, y usando de las frases más corteses.

Así como hay flores que tienen espinas, hay floreras que tienen hermanos. Muchas veces al echar mano á una flor tropieza uno con pinchos finísimos como puntas de aguja que hacen saltar la sangre de los dedos.

La campaña contra la filoxera produce resultados. ¿Qué país es ese de los filoxeras?—preguntaba ayer un labrador que, según parece, tiene viñas.—Los españoles—añadía—siempre hemos de estar batallando con alguien.

En esta semana las estadísticas no registran más que una muerte violenta célebre. La del reo de Pamplona.

Dice La Correspondencia que una persona de Madrid que fué el viernes á Pinto á presenciar ó tomar parte en la corrida de novillos, salió herida.

Las farolas de la Puerta del Sol enrojecen todas las noches al poco tiempo de estar luciendo.

Las farolas, á diferencia de la empresa del gas, se avergüenzan de alumbrar poco.

Y se ponen coloradas. José SOTILLO.

El vino. Tan satisfecho de agua debió quedar Noé cuando el diluvio, que apenas salió del arca, y el estado de la tierra le permitió bajar hacia los valles, se dedicó á buscar un líquido con que sustituirla para apagar la sed. Ya sabemos que lo encontró y que le produjo efectos inesperados, aunque nadie se ha cuidado

de decirnos la manera que tuvo de dar con él.

Lo de «plantó la viña, bebió vino y se embriagó» está dicho muy pronto; pero entre lo primero y lo último debió mediar un período no escaso de meditaciones, trabajos, pruebas y experimentos.

Para plantar las vides hubo de conocer antes el vegetal y sus frutos, y mientras crecían y llegaban á dar verdadera cosecha, bien pasarían algunos años, por ventajosas que fueran las condiciones de aquel terreno.

Quizá la producción del vino fué debida á la casualidad, y en el primer momento contrarió las miras del buen Noé. Como viejo, debió ser aficionado á las golosinas y entusiasmarse ante la dulzura del zumo de uvas, por lo que trataría de conservarlo para la época del año en que no hubiera fruto: entonces el mosto fermentó, y cuando el patriarca quiso regalarse con el precioso líquido, se encontró con una cosa muy diferente de la que esperaba; pero que debió gustarle, cuando perseveró en su uso hasta llegar al abuso.

Sin embargo, aquel vino debía ser muy defectuoso; más que vino sería una especie de mistela empalagosa y sin aroma, parecido á esos brebajes que suelen vender en las cercanías de Madrid, y que con los pomposos nombres de Cariena, pardillo ó moscatel, consumen los domingos los aficionados á buscarlo antes que pague los derechos del fisco. Esto nos lo dice la historia al consignar que su embriaguez fué un tanto vergonzosa. Pero fuese su papalina de la especie que quisiera, siempre tendremos que agradecerle la invención del vino, como la de los buques, puesto que su arca es el primero de que se tiene noticia.

Este agradecimiento se lo debemos todos, puesto que el vino no es un líquido destinado solamente á los viciosos; es un elemento de vida y de bienestar que Dios concedió á la humanidad, valiéndose para ello del mismo á quien designó para salvarla de su total ruina. El nombre sólo del inventor dice la importancia del invento, y por si acaso no fuera así, vino luego la mitología griega y romana á señalarle nada menos que un dios para que rigiera sus destinos, especie de ayo ó pedagogo que guiara sus acciones por el mundo, como Mentor las de Telémaco. ¿Cómo andaría ya la afición en aquel tiempo, cuando hubo necesidad de inventar á Baco y darle entrada en el Olimpo para que le tuvieran un poco de respeto?

Todas las épocas le han concedido extraordinaria importancia; la Iglesia lo eligió para desempeñar un papel principal en la representación del sacrificio que nos recuerda la Redención, y la ciencia, esa otra religión á que han acudido los hombres para estrechar sus lazos, especie de terreno neutral en que se han refugiado, hartos de destruirse por saber quiénes eran los que poseían el verdadero modo de elevar su alma hacia el Creador, le ha consagrado una de sus ramas, la enología ó ciencia que se ocupa del estudio de los vinos.

En todos los actos de la vida humana tiene su participación, lo mismo en la mesa, donde diariamente se reparan las fuerzas, que en la cabecera del enfermo á quien se trata de restituir la salud; en los momentos en que el hombre, satisfecho de sus obras, se entrega á la alegría, y en aquellos que la desesperación le impulsa á querer olvidar sus desdichas; cuando el cansancio ha agotado su actividad, y cuando, repleto el estómago de sabrosos manjares, necesita más vigor para digerirlos. Su acción estimulante es indispensable al hombre, que casi nunca ajusta sus actos á la medida de la necesidad; y si nunca falta quien aproveche sus virtudes hasta la exageración, no debe culparse al líquido, sino á los que abusan de él; que nada hay en el mundo todavía que no haya dado lugar á exageraciones y extravíos.

Estoy seguro que desde la mansion de los bienaventurados donde reside, mira Noé con ojos de alegría á esta humanidad que tan bien ha aprovechado sus lecciones, llegando á la infinita variedad de vinos que hoy fabrica, y da por bien empleado el tiempo que dedicó á sus primeros ensayos. El ligero percance que le ocurrió está bien compensado con las satisfacciones que hoy todavía le produce, y es de disculpar, puesto que no conocía lo que llevaba entre manos. Lo que no tiene perdón es que hoy suceda lo mismo á los hombres, conociendo como se conocen to-

dos los efectos que puede causar desde que la uva se arranca de la cepa hasta que sale del cuerpo humano de las diferentes maneras que puede hacerlo.

El vino es una bebida compleja, y cada uno de sus componentes tiene una acción distinta sobre la economía animal.

Una vez estrujadas las uvas, el mosto lleva agua, azúcar, tártaro y otra porción de cosas accesorias que han de favorecer su transformación. El azúcar, elemento de primer orden, es un cuerpo de composición muy compleja, que no puede estar mucho tiempo sin descomponerse en otros más sencillos: éstos son el alcohol ó espíritu y el ácido carbónico. La descomposición la inician y favorecen los fermentos ó levaduras que van en el mosto.

El ácido carbónico se va marchando conforme se produce, causando esa especie de hervor que se advierte en las cubas, y el alcohol queda allí disuelto. A medida que la cantidad va aumentando, la fermentación va siendo más lenta y dificultosa, y da lugar á que se depositen en el fondo de la vasija todas las sustancias que no están disueltas en el líquido, constituyendo lo que se llama tártaro, y cuando esta cantidad llega á ser de un 15 por 100, el fermento muere y va también al fondo, quedando el líquido claro y transparente. Entonces principia á ser vino.

Pero el vino no es solamente una mezcla de agua y alcohol. Contiene una porción de sustancias accesorias que son las que le dan carácter, hacen que forme las diferentes variedades conocidas y que cambie notablemente su valor.

Las uvas pueden contener ó no materia colorante que comunican al vino, y hacer que éste sea tinto ó blanco. Pueden llevar solamente la cantidad de azúcar que se transforma en alcohol, y dar vinos secos, ó un exceso que quede disuelto y los haga dulces. Su riqueza alcohólica puede ser de 8 á 13 por 100, como en los vinos comunes ó de pasto, y exceder de esta proporción como en los generosos. Además, una vez puesta en movimiento la materia, no para la acción en la formación del alcohol; si hay oxígeno ó aire que actúe sobre ella, se forma vinagre, y el vino se pierde; pero si este movimiento continúa lentamente y sin aire, entonces el alcohol forma pequeñas cantidades de éteres, que según los principios de la ciencia pueden ser tantos como ácidos haya disueltos. Estos éteres son los que comunican al vino su aroma ó fragancia y le dan un valor extraordinario.

Rara vez llegan los vinos naturales á contener 20 por 100 de alcohol, y son más raros todavía los que pasan de esta cifra; pero como al llegar á los 15 se detiene la fermentación, no alcanzan esta riqueza porque aumente la cantidad absoluta, sino porque disminuyendo el agua, varía la relativa. Un vino limpio, rico en alcohol y en éteres es el desideratum de los aficionados; y como estas circunstancias no las reúnen, naturalmente, sino al cabo de mucho tiempo, es por lo que les han llamado rancios.

El uso del vino debe estar en relación con su calidad y los efectos que se quiere que produzca. Los de pasto deben ser secos, algo aromáticos y poco alcohólicos: no deben tener más de 10 por 100, y si exceden de esta cifra deben mezclarse con agua al tiempo de beberlos. De esta manera su acción estimulante es moderada y se puede prolongar por algún tiempo. El Burdeos es el tipo de esta especie.

Los vinos dulces deben proibirse del uso ordinario, porque ejercen una acción nada favorable al estómago, y, sobre todo, á los intestinos. Solamente los generosos como el Málaga, Priorato, Garnacha, Pedro Jimenez, deben usarse como vinos de postre y en pequeñas cantidades.

Los vinos fuertemente alcoholizados y ricos en éteres, como el Jerez, son muy estimulantes y deben reservarse para cuando se quiera producir una fuerte excitación, como, por ejemplo, si se trata de levantar las fuerzas de un enfermo ó facilitar la digestión de una comida abundante y suculenta; no olvidando que son los que con más facilidad hacen salir de sus casillas al individuo que los bebe.

Lo mismo que varían los efectos naturales ó ordinarios de los vinos, según su calidad y composición, varían también los extraordinarios, y las perturbaciones que causan en las diferentes funciones de la vida han dado lugar á

esa serie de nombres con que tan gráficamente conocen los pueblos las variedades de la embriaguez.

Este artículo es ya demasiado largo para que me ocupe de ellas, y lo terminaré recordando á mis lectores que el vino es un poderoso agente higiénico de inestimable valor mientras se usa con moderación, pero que su abuso produce grandes trastornos, y en fuerza de excitar el cerebro, acaba por matar su actividad y reducir al hombre á la categoría de los seres irracionales.

BRUNO AMELAY.

La usura.

Los intereses materiales matan los intereses morales de los pueblos. La vida moderna no cree nunca en una existencia perfecta en absoluto, porque no ve sino á través de los gooces sensuales.

El summum de la felicidad es hoy poseer una buena casa.

El santuario de los creyentes es la Casa de Moneda.

Tales son los principios que deduciría como existentes hoy cualquier hombre que se dedicase á estudiar las miserias humanas.

«No se vive más que con el cuerpo. El alma es una creación poética de imaginaciones exaltadas.

«Muere el hombre y se queda como antes de nacer.»

Estos y no otros son los resultados y opiniones de un repugnante materialismo, doctrina odiosa que destierra de sí todo sentimiento de caridad y amor.

Entre los engendros que le deben la vida, se arrastra en primer término el usurero.

A pesar del principio sustentado por Aristóteles, de que el dinero es estéril, pecunia non parit pecuniam, el préstamo tiene su ganancia lícita, moral y permitida.

Produciendo, como produce, una renta los arrendamientos de inmuebles, alquileres de muebles y semovientes, claro es que no ha podido seguirse en absoluto la máxima de Aristóteles.

El consejo evangélico, Mutuum date, nihil inde sperantes, «Dad prestado sin esperar por ello nada» (San Lucas, capítulo 6, v. 35), ha sido interpretado por los teólogos como precepto prohibitivo de todo interés por lo que se presta.

No hay necesidad de advertir que tomando parte en la cuestión los teólogos, se han exagerado hasta lo inconcebible sus conclusiones. De los debates entre la escuela económica y la teológica no ha nacido la luz, porque la luz estaba hecha; pero han llovido sobre los prestamistas toda clase de censuras, hasta el punto de ser declarados infames ó indignos del Sacramento de la Eucaristía, y privados de sepultura eclesiástica, pena que de aplicarse hoy dejaría sin inquilinos los sagrados cementerios, que exigen á su vez el pago de cierta cantidad como remuneración de la obra de misericordia «enterrar á los muertos.»

Se ha definido la usura de dos maneras. Unos han creído que el más infinito interés en el préstamo la constituía, otros que el dinero debe producirlo á su vez, y que cuando el interés prestado es módico, el contrato es lícito.

Esta última opinión sirvió de base á la encíclica de Benedicto XIV en 1.º de Noviembre de 1745. De ella nace también la apreciación del daño emergente, lucro cesante y peligro del capital.

Hoy han muerto ya estas preocupaciones aun en el seno de la Iglesia. El mismo Romano Pontífice ha tenido y pagado su deuda como cualquier gobierno, y existen corporaciones benéficas dentro de las cuales el caudal del proletario adquiere su legítima ganancia, y es dado en préstamo á otros en condiciones aceptables.

En la misma ley civil, el préstamo ha sufrido oscilaciones violentísimas.

El Fuero Juzgo señala á dicho contrato un interés de 12 por 100, el cual es elevado al 25 por 100 en el Fuero Real, y las Partidas prohíben absolutamente el préstamo con lucro, cuya disposición acoge el Ordenamiento de Alcalá.

Varias pragmáticas incluídas en la Novísima Recopilación han legislado sobre el asunto, y en la época actual el Código de comercio admite el préstamo mercantil con un interés del 6 por 100, el Banco está facultado para hacer préstamos con el mismo lucro, y existe en un todo vigente la ley de 14 de Marzo de 1856, que dispone que cada

año señale el Gobierno, de acuerdo con el Consejo de Estado, el interés legal que, sin estar pactado, debe satisfacer el que se obliga en un préstamo.

Como esto no se ha hecho desde el año 1856, resulta interés legal el de 6 por 100, el cual se reputa como debido por el deudor desde el momento en que incurrió en mora.

La usura, pues, comprende todos los préstamos, cualquiera que sea el interés que devenguen. Todos, absolutamente todos los que den á otro dinero prestado, son usureros. Esta es la opinión de la ley.

Pero vulgarmente hablando, la usura la constituye el interés exagerado ó el interés compuesto; adición inventada por la avaricia, en virtud de la cual el lucro del capital prestado excede á éste en un plazo brevísimo.

Los usureros del pobre son los empenistas. Madrid esta hoy plagado de casas de préstamos.

A ellas acude el jornalero que prefiere perder el jergón donde descansa, ó la más necesaria prenda, á dejar de ir á los toros; la pobre mujer que, ciega de tanto velar trabajando, va en busca del pan de aquel día, esperando poderlo comprar con la cantidad que le da el empenista, mediante la entrega del medallón que contiene el retrato de su hijo ó de su esposo, recuerdos que nada valen para él que presta si no estuviesen encerrados en un marco de oro.

Un pueblo donde en casi todas las tiendas se lee Despacho de vinos, y en la mayoría de los pisos principales Casa de préstamos, no es un pueblo feliz.

El jornal que el sábado se cobra se gasta en morapio, palabra bajo la cual colorea un líquido negrozco-violado, preparado con yeso, un tanto de zumo de uva, agua y alcohol. Al lunes siguiente la mujer del obrero hace varios viajes á la casa de empeños, á depositar sus más preciadas prendas. El resto de la semana, aquella casa es el infierno; donde no hay harina...

Los prestamistas del rico ya son otra cosa. Ni se matriculan como tales en la Administración económica, ni pagan cuota ninguna de contribución; pero todos los días acuden á los juzgados municipales llevando juicios convenidos, ó á casa de un notario á otorgar escrituras de préstamo.

El hijo del acandalado banquero, ó del afincado aristócrata, visitan solícitos al usurero y le llenan de cumplidos y cortesías. Como son menores generalmente, y por lo tanto no tienen nada suya, el dádioso prestamista les hace que, transformando la cédula, se añadan dos ó tres años hasta los veinticinco, ó hipotéquen la casa en que el contrato se verifica, aunque no sea suya ni por asomo.

Pasa el plazo de vencimiento del préstamo, y como el deudor no puede satisfacerle, porque recibió quince y firmó treinta y nueve, el prestamista requiere de pago al padre del menor, poniéndole en la dolorosa disyuntiva de aflojar la bolsa ó ver á su hijo en el Saldado.

En la casa del usurero todos los días se representan dos ó tres dramas, en que él hace siempre idéntico papel: el de traidor.

Hasta la casa del prestamista denuncia en su mueblaje quien la habita. Cada mueble ha entrado allí en distinta época y viene de procedencia distinta. Formando un abigarrado conjunto hay sobre las mesas, debajo de ellas y por las paredes, objetos tan diversos, que aquello parece más que una habitación una prendería.

«Qué historias podrían contar si tuvieran el uso de la palabra aquellos muebles!»

«Qué noches de insomnio debe pasar el benévolo sujeto que presta dinero para urgentes necesidades!»

Pero dejemos ya en paz á los usureros... si pueden estarlo. Requiescant in pace.

FERMIN M. SUAREZ SACRISTAN.

Mi vecino el de la regadera.

(CRÓQUIS DEL NATURAL.)

«El hombre—dicen—es animal de costumbre,» ó de otro modo: «La costumbre es ley en el hombre.»

Hé ahí la razón por qué, una vez habituado, cualquier hijo de Adán, á un sistema de vida, le parece inverosímil y absurdo todo aquello que no sea precisamente lo que él suele hacer todos los días, á las mismas horas y siempre del mismo modo.

Pero la costumbre más arraigada en el individuo se vence y se domina teniendo aquél un poco de voluntad y un tanto de constancia en sus propósitos.

Digote esto, lector, porque yo, que estuve siempre persuadido de que el más bello amanecer es el anochecer en la cuna; yo, que no conocía a la señora Aurora sino por referencia de referencias, puesto que sabía únicamente lo que de ella dicen los poetas en sus descripciones, cuya exactitud me parecía cuanto menos problemática, porque sabido es que los poetas suelen ser gente por extremo holgazana y perezosa, ó incapaz, por tanto, de ver otro crepúsculo matutino que el que buenamente quepa por las rendijas de un balcón, pues así son ellos los poetas, no los balcones; madrugadoras como yo tarco; de donde se deduce que al describirnos la Aurora con sus pelos y señales, una de dos, ó nos relatan lo que oyeron decir á las personas vulgares, ó mienten ellos como bellacos, pues pensar que cuando dicen de amanecer los poetas no lo imaginaron entre sábanas, no puede hacerlo nadie que conozca siquiera mediamente el gremio de los sempiternos sonadores.

Pues bien: yo, que he venido siendo *lunático* por espacio de muchos años (conste que no aludo á los *lunáticos* de *El Imperial* ni á los *lunáticos* de Leganes, pues te aseguro, lector, que jamás estuve en uno ni otro, porque para acercarme á los primeros me falta lo que me sobra para alejarme de los segundos); yo, repito, que he venido siendo *lunático* por espacio de muchos años, puesto que, enamorado de la fama (la picaresca afición á las hembras fué siempre mi flaco), la creía más bella que el sol; yo, en fin, heube al cabo de cambiar de parecer, sin duda desde una vez que me dejaron á la *luna de Valencia* y más frío que la nieve, pues desde entonces tomé tal ofejiza al astro de la noche, que con armas y bagajes me pasé al enemigo, esto es, me hice partidario del sol... que más calienta.

De murciélagos que yo era antes, héme aquí, lector, convertido en calandria.

Algunos rodeos me ha costado, pero por último llegué al fin que me proponía, el cual era tan sólo decirte que yo, trasnochador acérrimo y contumaz, siempre sostuve que lo más cómodo, agradable y hasta higiénico para el hombre—¡qué simpleza!—era hacer de la noche día y del día noche, hasta que al cabo caí de mí asno, y madrugó ahora como un ídem.

Pero todo eso,—dirá el lector,—¿qué tiene que ver con su vecino el del artefacto, señor articulista?

Tanto tiene que ver lo dicho con mi vecino, cuanto que probablemente jamás hubiera yo tenido la dicha de verle ni tú la desdicha de seguirme en mis divagaciones al hablarte de él si no fuese por mi cambio de vida, al cual debió el placer de conocerle.

Mi vecino es hombre que se levanta antes que el sol, ó inmediatamente, como hacemos todos los madrugadores, abre los balcones... (yo supongo que en invierno no será esa la costumbre, porque si lo fuese... ¡Werter, Werter!... ¿Ya vacilas? ¿Serías capaz de volar tus antiguos hábitos?... Allá lo veredes).

Perdona, pacientísimo lector, esta nueva digresión, y te prometo no volver á interrumpir t'ingun otro paréntesis hasta el siguiente párrafo.

Pues como iba diciendo, mi vecino, así que se levanta abre los balcones de par en par, se asoma á uno de ellos, mira al cielo para enterarse del estado de la atmósfera, y reposadamente aspira un ratito la deliciosa brisa de la mañana, y luego emprende la siguiente cotidiana faena... Pero alto aquí; antes que la faena debo describir al hombre, y lo haré, siquiera no sea más que en dos plumadas.

Mi vecino es alto y delgado, aunque no flaco; podrá tener de 55 á 60 años, y al primer golpe de vista se comprende que es persona ágil y robusta y que posee una de esas naturalezas privilegiadas, exentas de reumas y de catarros; naturalezas que poco á poco van desprendiéndose de los malos humores y dejando al individuo enjuto y amojamado hasta convertirle en una especie de estatua de cartón-piedra, capaz de resistir las injurias del tiempo por espacio de muchos años, por lo que creo que mi vecino, á pesar de sus 50 y pico, está, si no empezando á vivir, en la mitad de su existencia á lo sumo.

Sus maneras son las de un hombre bien educado, y así el aspecto de su persona, como el de su casa, revelan el bienestar de quien vive sin ostentación, pero con holgura.

Lo que desde luego llama la atención en mi vecino es su rostro, porque es una de esas fisonomías bondadosas, hasta el extremo de que cualquiera sería capaz de prestarle dinero sin otra garantía que su cara, no en la confianza

de cobrarse en cachetes, sino porque quien posee una fisonomía como la de mi vecino, no es posible que cometa una mala acción.

Mirada franca y leal, sonrisa bondadosa, y sobre todo, un bigotillo recortado á lo Espartero... (juraría que mi vecino es esparterista); una especie de mancha triangular sobre el labio superior—pues así es el bigote á que aludo—constituye el rasgo fisonómico verdaderamente característico de mi vecino.

Así como hay personas de quienes se dice que *llevan el corazón en la mano*, yo diría de mi vecino que lleva, no el corazón, sino el alma en su boca, en la expresión de sus labios, en su perpetua y dulcísima sonrisa.

Sólo me resta añadir que mi vecino usa para casa una chaqueta ó americana de blanquísimo dril inglés (esto de que la tela de la susodicha prenda sea dril, y dril inglés, son suposiciones mías, por lo que no respondo de la exactitud de esos datos, no sea que después resulte que la tela es catalana, y en vez de dril percalina, ¡pues no quiero remordimientos de conciencia!); de lo que sí estoy seguro es de que mi vecino debe tener, por lo ménos, dos chaquetas iguales, puesto que siempre la que lleva puesta está perfectamente limpia y planchada.

Ahora, pues, que sabes, lector, como es mi vecino, te diré que su ocupación matutina consiste en cuidar diversas plantas y flores que en dos ó tres docenas de macetas engalanan y ocupan por completo los cinco balcones de que es poseedor, y de cada uno de los cuales ha logrado hacer un jardín en miniatura.

La modesta y odorífica albahaca, los perfumados geranios, el boj inodoro, pero siempre verde y rozagante; la opulenta rosa de cien hojas, reina de la hermosura y de los perfumes entre las flores; el espléndido y aromático clavel, la blanquísima y balsámica azucena, símbolo de la pureza; la opulenta y aterciopelada dalia, esa coqueta flor, que, como la mujer coqueta, atrae pero no retiene á sus admiradores porque le falta el perfume, que es el alma de la flor, así como un alma cándida y sencilla es el perfume de la mujer, y antójase me que mi vecino deba ser en esto de mi opinión, pues he observado que la maceta en que tiene la dalia ocupa uno de los sitios méritos preferentes, y hasta he llegado á sospechar que no la otorga sus cuidados con tanto esmero como á sus compañeras.

Pues bien: todas esas flores y plantas, y otras que sería prolijo enumerar, constituyen, á lo que entiendo, el encanto de mi vecino, quien de algunos días á esta parte dedica sus especialísimos cuidados á una bonita enredadera, llena de esas lindas campanillas que, alternando de trecho en trecho con las verdes hojas de la trepadora planta, forman ya una caprichosa cortina que sombrea uno de los balcones, merced á los cordelillos que al efecto oportunamente dispuso mi vecino.

¡Qué feliz debe ser este hombre, que, á lo que entiendo, no tiene otros cuidados que sus flores!... ¡Con qué cariño, con qué amor, con qué fruición las mira, ó más bien las admira!... ¡Ah! Si las flores tienen alma—cosa que no está del todo averiguada todavía—¿cuánto deben amar á mi vecino!...

El, todas las mañanas muy temprano, se convierte en mariposa de su diminuto jardín (?), y de balcón en balcón, y de tiesto en tiesto, va y vuelve muy diligente, y con sumo cuidado y no escasa paciencia quita todas las hojas secas, endereza los tallos que el aire dobló, ó corta los que, por estar enfermos, pueden contagiar el resto de la planta, sacude las hojas para quitarles el polvo que las afea y perjudica, de lo cual yo deduzco que mi simpático vecino, quien, como aficionado á las flores, lo será también á las mujeres, ó por lo ménos lo habrá sido, no habrá permitido los polvos de arroz en el jardín de sus amores.

Terminada esa faena de *aseo higiénico-vegetal*, así como la madre amorosa, después de lavar y vestir de limpio al pequeñuelo, cuida de mullir el lecho sobre que ha de descansar otra vez, así también mi vecino muelle cuidadosamente la tierra de sus macetas, á cuyo efecto tiene preparado un trozo de caña, uno de cuyos extremos termina en punta y el otro está muy bien envuelto en un paño blanco, formando una especie de almohadilla; porque sin duda mi vecino no ignora que las espigas de la caña, cuando se introducen en nuestra carne, se *encaman* y producen grandes molestias.

Después de bien mullir la tierra y de deshacer con los dedos los terroncillos y de quitar todas las piedrecillas que halla, toma la regadera, y ¡oh momento supremo! en la expresión de aquel bondadoso rostro se revela el in-

comparable placer que este hombre, ó más bien este ángel humanitario y envuelto en un casacaquín blanco, experimenta. Hé ahí á nuestro hombre, á mi simpático vecino entregado á su mayor delicia.

¡Con qué admirable tino reparte el agua en cantidad conveniente á cada planta, rociando primero las hojas y luego la tierra, cuidando siempre de que ni una sola gota caiga á la calle y pueda manchar á los transeuntes!...

¡Y dirá luego que no hay felicidad en la tierra!... Lo que hay es que sólo es feliz el que merece serlo, y son muy pocos los que lo merecen.

Venid, escépticos, venid á mi balcón y os enseñaré un hombre completamente dichoso... Vedle: ¡qué tranquilidad de conciencia revela su simpático rostro!... ¡Qué pureza de instintos y de costumbres su amor á las flores!... Quien tales beneficios otorga á esas pobres é insensibles plantas, ¡qué no hará en favor de sus semejantes desvalidos!...

Aquí llegaba yo en mis reflexiones, cuando entró mi patrona á servirme el chocolate, y no bien hubo visto á mi vecino, dijo:

—Pues temprano la toma el *prestamista* con sus tiestos...

—¿Qué dice usted, doña Jacoba?—exclamé mirándola estupefacto.—¿Ese hombre es *prestamista*?

—Sí, señor, ese mismo, el del *fulraque* blanco y la *carita* de pascua... es decir, ya no lo es, porque hace más de un año que quitó la *casa de empeños* que tenía... ¡Ay! nunca olvidaré un colchon hermosísimo que se me quedó por allá... ¡Qué lástima, señorito, qué lástima, un colchon de *cama camera*, con dos arrobas de lana y la tela nuevecita, y no me dió por él más que 60 rs., cuando valía 10 duros lo mismo que un cuartito... Y, ya se ve, no lo pude sacar á tiempo, porque las cosas estaban tan malas como ahora, y...

—Bien, bien, doña Jacoba; cómo ha de ser, déjeme usted, que necesito continuar trabajando...

—Sí, trabaje usted, métese usted á trabajar, y ya verá, ya verá usted lo que saca en limpio...

—Sacaré en limpio... la conciencia. Esto no lo oyó mi patrona, que ya estaba cerca de la puerta, pero lo oí yo, que es lo que importa.

Con qué es decir, señor vecino, que esa expresión de bondad que lleva usted en su rostro, no indica tranquilidad de conciencia, si no más bien que carece usted de ella?...

Es posible que un hombre que se enriquece con la usura, se dedique al dulcísimo y candoroso ejercicio de cultivar flores!... ¡Flores regadas con lágrimas!...

¡Oh, humanidad, humanidad! ¡Cómo te contradices á cada paso!... ¿Por qué el hombre que parece bueno no lo es?...

Ya lo has visto, lector; mi vecino, que por su aspecto, por su expresión, por sus costumbres, parecía un hombre honrado... es sencillamente un usurero.

Así que, cuando te sientas inclinado á juzgar de un hombre por las apariencias, acuérdate de mi vecino el de la regadera.

WERTER.  
Madrid 17 de Agosto de 1878.

Carta de Vichy.

13 de Agosto de 1878.

Sr. Director de la GACETA UNIVERSAL. Muy señor mío y estimado amigo: Llevo cuatro días en este delicioso país, donde se pasa la vida tan agradablemente, que no echo de ménos para nada nuestra coronada villa. Noticias puedo darte muy pocas, y de política absolutamente ninguna; pues los españoles residentes en ésta, no tienen tiempo más que para bañarse y beber agua de la Grand-Grille; los Celestinos y el Hospital; y es tanta la gente que afluye á las dichosas fuentes, cuando están abiertas, que hay que tomar vez y esperar el turno; así que desde las cinco de la madrugada, ya están los bañistas al pié de la fuente, y esto, aunque no es muy cómodo, tiene la ventaja de que á las ocho ya han concluido, y se pueden sentar tranquilos á oír la música hasta la hora de almorzar: los muchos miles de bañistas que aquí residen tienen por principal distracción la música, que se da como medicina: música antes de almorzar, música antes de comer, y música después por la noche; de modo que la elegante y distinguida sociedad que se encuentra en estos sitios, la tiene usted todo el día en las fuentes, durante la comida y en el paseo. En estos puntos se invierte el tiempo, sin contar los ratos que algunos pasan en el Casino, que por cierto les cuesta muy caro, pues se ha dado el caso de salir tan limpios, que no han tenido necesidad de cepillo, pero sí de buscar dinero para volver á su casa.

Entre las personas que se encuentran en ésta, vecinos de Madrid, se ve á don German Gamazo, Vallín y señora, señores de Girón y familia, el concejal D. Lucio González, el Sr. Mata, don Juan Ríos y señora, señora de Tragó y su hijo Pepe, D. Valentin Corona, y otros muchos cuyos nombres no recuerdo y de diferentes puntos; el alcalde de Cartagena, D. Cirilo Molina. Ayer pasó por aquí la infanta Cristina de paso para Randan; estuvo muy poco entre nosotros, pues la estaban esperando los coches en la estación, y se marchó á dicho punto en seguida.

Dispense usted si no le doy más noticias, porque no las hay; si ocurriese algo de particular, tendrá el gusto de comunicárselas su afectísimo amigo Q. B. S. M.

EL CORRESPONSAL.

Crónica de la moda.

Sumario.—La emigración á las playas marítimas por causa de los calores.—Los vestidos de hilo calado y de batista, y sus adornos.—Un vestido de bengalina color de trigo.—Otro de batista blanca.—Otro de batista gris ceniza.—El pañuelo bordelés.—El chaleco blanco.—Un nuevo fichú de muselina y crespon liso.

Decíamos en nuestra última crónica que los calores arrojaban de París á los parisienses, no obstante los atractivos de la Exposición universal y el espectáculo tan entretenido y pintoresco que ofrece la capital con la invasión de forasteros, provincianos de los cuatro ámbitos de la Francia, y extranjeros procedentes de todas las partes del mundo. En la semana que acaba de trascurrir la emigración ha tomado grandes proporciones, y casi podríamos decir que se han emprendido, como de costumbre, las expediciones á las aguas termales y á las playas marítimas.

En estos tiempos caniculares se prefieren para las estaciones balnearias de las vestidas de linó calado y de batista; rayas multicolores, cuadros escoceses rayados y verdes sobre fondo blanco, gris pálido, crema, con guarniciones de anchas bandas del color más oscuro del vestido, entre los cuadros y los adornos de encaje, sobre todo del encaje Mirecourt, tan sólido y ligero. Las jóvenes se visten mucho de color de rosa. Para baños de mar se hacen muchos vestidos de lana; es el triunfo del cachemir de la India, cuya boga se conserva siempre, y de la muselina de la India, que tampoco decae; entrambas telas se emplean abundantemente para hacer trajes blancos guarnecidos con cintas rojas color nacarado, granate y algarrobo. El granate es el matiz favorito.

Hé aquí tres preciosos trajes de playa que merecen una descripción detenida, porque son el tipo de lo más bello é inédito que ha producido la moda del día.

El primero es de bengalina color de trigo, un color nuevo con adornos de faya granate. Por detrás es de forma princesa y por delante forma un largo chaleco de faya trigo con borde de faya granate. Las mangas medio largas dejan ver el brazo, y son también de faya trigo con plegados que recuerdan el chaleco; pero la punta de la bocamanga está vuelta y muestra el forro granate. El cuello vuelto se abre redondeado y está guarnecido con plegados trigo y borde granate. La falda forma por delante tres cañones de órgano de bengalina y está cortada por una banda forrada de faya trigo; por detrás la drapería termina con una caída cuadrada forrada de granate y un lazo. En el bajo un rizado con tres cabezas de bengalina forrada de faya trigo.

El complemento de este gracioso traje es un sombrero de paja con un penacho de plumas trigo y ala ancha forrada de terciopelo granate; sombrilla de bengalina trigo forrada de faya granate con mango cuyo puño es una cabeza de gallo color granate; guantes de seis botones de piel trigo bordados de encarnado, y medias de seda trigo con bordados granate.

El segundo traje es de batista blanca de hilo, con falda de media cola guarnecida en el bajo con una ruche formada por dos bandas de batista bordeadas de encaje y en medio una banda de faya rosa pálido recortada con el sacabocados. Nada más vaporoso que el efecto de estas tres bandas rizadas juntas. En el delantero una banda cruzada bordeada con un bordado de seda y sembrada de rosas y no-me-olvides. Una de las puntas pasa por detrás y cubre sobre la media cola; recogida aquí y acullá con cintas rosadas y azules. Este vestido exige dos cuerpos, uno alto y otro escotado; este último está todo plegado como se hacen ahora, con una manga formada por un lazo; faldetas también plegadas y sujetas al talle por un cinturón rosa, cerrado con an lazo redondo. En lo alto del cuerpo hay unos pliegues elegantes que se for-

man bajo los hábiles dedos de la modista parisiense. El cuerpo alto está plegado desde los hombros, sin pieza cuadrada, con faldetas largas y mangas medio largas.

El último modelo es de batista gris ceniza, animado con faya encarnada dos colores que chocan ó se armonizan, según el arte con que aparecen mezclados. Sobre la falda de batista hay una ancha banda de faya del mismo tono plegada á plano, y los dos cabos se sujetan por detrás con un pasador de faya cereza y caen sobre la cola medio larga, guarnecida con plegados de batista formando un volante ligero. Cuerpo alto con faldetas largas, plegado plano por delante y con cuello de forma nueva muy grande por detrás y cuadrilongo po delante, hecho de faya del mismo tono que la batista, así como los plegados que le guarnecen, ribeteados de faya cereza; un lazo encarnado le cierra por delante y se repite más pequeño en las mangas de faya gris. Cinturón de cinta cereza con hebilla de nickel ó de plata oxidada.

Las noticias de las playas marítimas nos dicen que hace furor una nueva tela llamada pañuelo bordelés. Hé aquí cómo se confecciona este traje:

Falda de tela de hilo rojo cardenal rodeada con un volante plegado. Túnica compuesta de cinco grandes pañuelos de fondo crudo y punteado rojo con guarnición de rojo liso. Dos de estos pañuelos quedan graciosamente recogidos por delante, y sus bordes bien dispuestos hacen un contraste que se armoniza perfectamente con la falda. Los otros tres pañuelos constituyen la parte un poco hueca de detrás. Cuerpo todo plegado con pieza y mangas de tela encarnada lisa. Es un traje que llama mucho la atención, y lo merece porque no tiene nada de ordinario.

El chaleco blanco ha venido á ser uno de los auxiliares más elegantes del traje corto. Toda señora de buen gusto lo ha adoptado, y se lleva en París no ménos que en las playas. Hé aquí un tipo de traje que conviene igualmente para paseo por la mañana á la orilla del mar, para viaje ó para visita á la Exposición universal.

La tela es de color polvo. Falda corta con un plegado de mediana altura en el bajo. Delantal cuadrado con los bordes forrados de color oscuro, sobresaliendo todo alrededor. Este delantal se recoge en pliegues regulares y abotonados sobre el paño de detrás, el cual lleva á los lados botones del color de la seda. Unos cordones bien dispuestos recogen el paño, que también está bordado con un dobladillo de faya. Chaqué de talle ajustado cerrado con un solo boton para dejar un verdadero chaleco blanco. Bordo de faya en el chaqué y en las bocamangas. El chaleco sirve de cuerpo de debajo; es de piqué inglés y tiene por botones bols de macar.

Hablando de accesorios de la moda, no debemos olvidar la lencería, donde hallamos, entre otros modelos nuevos y elegantes, un fichú de muselina crespon liso cortado con entredoses de Valenciennes, formando un gran cuello marino por detrás con puntilla de encaje. El delantero, abierto en chal, forma drapería con cinco hileras de abotonados. Un rizado de Valenciennes termina el adorno en medio del cuerpo. Completan este modelo unas largas mangas de la misma muselina rayada de entredoses y terminadas en volantes.—JULIA.

Varietades.

Existe en Berlín una sociedad llamada *de las puntas de cigarro*, que forman en su mayor parte las señoras de la aristocracia. Tiene sus agentes destinados á recoger colillas, y todos los años, por Pascua de Navidad, destinan el producto de la venta á comprar ropas para los niños huérfanos y desvalidos. En 1876 pudo socorrer á treinta con vestido y calzado completos, y además un aguinado de juguetes y dulces.

Las señoras intervienen en todos los actos de la Socie*dad*, y no solamente utilizan las colillas que se encuentran en la vía pública, sino que han recordado á todos sus amigos que recojan las de su casa, y esperan, aumentando los recursos que producen, llegar á fundar un hospicio ó asilo.

Ya ven nuestros lectores que no es sólo en España donde viven algunos infelices de los desperdicios del tabaco, sólo que, en cuanto á la manera, nos llevan bastante ventaja los alemanes.

Segun telegrama recibido por el señor gobernador de Málaga, inmediatamente saldrá de Madrid para dicha capital un comisario regio con facultades especiales sobre la extinción de la *laxera*, para ponerlas en ejecución con arreglo á las instrucciones recibidas del ministerio de Fomento.